

Capítulo 19

Las bodas del Cordero

([índice](#))

Apocalipsis 19:1-4: Después de esto oí una gran voz como de una gran multitud en el cielo, que decía: “¡Aleluya! Salvación, honra, gloria y poder son del Señor Dios nuestro, porque sus juicios son verdaderos y justos, pues ha juzgado a la gran ramera que corrompía la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella”. Otra vez dijeron: “¡Aleluya! El humo de ella ha de subir por los siglos de los siglos”. Entonces los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono. Decían: “¡Amén! ¡Aleluya!”.

Podrías tener la impresión de que eres el único seguidor de Cristo en tu familia o vecindario. Si es así, aquí tienes un motivo de ánimo. Aunque pueda parecer que el pueblo de Dios en la tierra es una exigua minoría, hay una “**gran multitud**” en el universo de Dios, una inmensa mayoría que le es fiel. Las naciones envían sus embajadores a las capitales de otras naciones. El embajador, junto a su equipo, es allí una minoría; no obstante, no puede olvidar la grande y poderosa nación que representa y que está detrás de él. Como seguidores de Cristo, somos sus embajadores en este mundo.

La palabra hebrea “aleluya” significa “Alabado sea el Señor”. No es porque haya conquistado mediante la fuerza de las armas, por lo que la “**gran multitud**” el cielo alaba al Cordero victorioso. Venció mediante la verdad y la justicia. Esa gloriosa victoria fue ganada cuando Jesús murió en la cruz y resucitó después. Así, ese cántico

de alabanza no se eleva del modo en que los mezquinos aduladores alaban a un gobernante o tirano terrenal a fin de obtener sus favores, sino en total sinceridad. La gloria y el honor pertenecen a Aquel cuyo amor abnegado hacia los pecadores se ha elevado como el más sublime y sorprendente sacrificio de la eternidad.

¿Por qué razón, desde que Jesús murió por los pecados del mundo, este no ha mejorado, sino que ha ido a peor? ¿Por qué sucede que la inmensa mayoría de los habitantes de la tierra no han sido cambiados por Cristo?

La religión de Cristo podría haber salvado el mundo entero de no ser por la obra de un astuto enemigo que se interpuso y obstaculizó su obra. La Biblia se refiere a ese enemigo por el nombre de “[anticristo](#)”: aquel que lucha contra Cristo de la forma más malvada y engañosa posible, que es pretendiendo ocupar el lugar de Cristo (1 Juan 4:1-3). La peor forma en que un enemigo puede perjudicar a alguien es suplantándolo y escribiendo cartas maliciosas en su nombre. ¡Hasta el mejor de sus amigos tendría dificultades para mantener su fe en él!

La “[gran ramera](#)”, Babilonia, ha hecho eso mismo. Satanás ha hablado mediante ella en nombre de Cristo, e incontables millones de personas desinformadas han caído en el engaño. Muchos han rechazado abiertamente a Cristo debido a que Babilonia lo ha representado falsamente, y millones de otras personas suponen que están siguiendo a Cristo, cuando en realidad están siendo llevados a luchar contra él al estar alistados con el anticristo. Esa es la razón por la que leemos en Apocalipsis que es Babilonia la que “[corrompía la tierra con su fornicación](#)”.

La expresión: “[El humo de ella ha de subir por los siglos de los siglos](#)” es una cita de Isaías 34:10, donde esa misma expresión se

refiere a la destrucción de Idumea, ocurrida hace muchos años: “Por siempre subirá su humo”. Aunque ese territorio permanece desolado hasta hoy, no existe allí un humo literal. Esa expresión hebrea denota finalidad. La misma escritura dice: “De generación en generación quedará desolada y nunca jamás pasará nadie por ella”.

Así, “por los siglos de los siglos” significa que la destrucción de Babilonia será completa y final.

Apocalipsis 19:5-6: Y del trono salió una voz que decía: “Alabad a nuestro Dios todos sus siervos y los que lo teméis, así pequeños como grandes”. Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas y como la voz de grandes truenos, que decía: “¡Aleluya!, porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina”.

¿De quién procede esa voz salida del trono? Es la voz de Cristo, quien llama a sus siervos a que alaben a Dios. Aunque la resurrección de los muertos demostró que Cristo es el Hijo de Dios (Romanos 1:4), él sigue considerándose nuestro Hermano. Después de su resurrección dijo a María: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17). Jesús no nos separa del Padre, sino que nos lleva a él.

Apocalipsis 19:7-9: “Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente, pues el lino fino significa las acciones justas de los santos”. El ángel me dijo: Escribe: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero”. Y me dijo: “Estas son palabras verdaderas”.

¿Sabías que el Cordero se ha de casar? Su matrimonio es el gran evento que se ha ido acercando por miles de años. Está solitario sin su esposa. No pocos desinformados se han preguntado por qué está incluido en la Biblia El Cantar de los Cantares. Ahora podemos ver por qué. Es un canto que expresa el amor de Cristo por su iglesia, y la respuesta de ella a ese amor.

¿Quién es la esposa del Cordero? Apocalipsis 21:9-10 nos dice que es “**la gran ciudad, la santa Jerusalén**”. ¿Cuál es la santa Jerusalén, esa nueva Jerusalén que desciende del cielo? ¿Se trata simplemente de calles de oro, de palacios con paredes de piedras preciosas y de puertas de perla? Cuando Jesús estuvo en la colina contemplando la antigua Jerusalén y clamó: “**¡Jerusalén, Jerusalén... ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!**” (Mateo 23:37), ¿se estaba dirigiendo a los ladrillos, a las piedras y a las maderas de la ciudad? Entendemos que se refería a sus habitantes.

De igual forma, la nueva Jerusalén ha de incluir a sus habitantes. Difícilmente se puede aplicar a la ciudad material de oro y perlas la expresión “**se ha preparado**”, o “**se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente, pues el lino fino significa las acciones justas de los santos**”.

Es evidente que la “**ciudad**” que Jesús ama consiste en el pueblo redimido que la habita. Encontró por fin una comunidad de santos que crecieron hasta “**la medida de la estatura de la plenitud de Cristo**” (Efesios 4:13). Por fin lo comprenden y lo aprecian por lo que él es, no por la recompensa que desean obtener para ellos mismos. Esa es la razón por la que se presenta a la “**esposa**” del Cordero vestida de ese ropaje esplendoroso.

La justicia de Cristo no les ha sido meramente imputada, sino que les ha sido impartida, comunicada tan plenamente mediante su fe en Cristo, que ha venido a ser parte de ellos mismos, y de ahí la expresión: “[las acciones justas de los santos](#)”.

Si la esposa se hubiera “[preparado](#)” antes, “[las bodas del Cordero](#)” habrían tenido lugar antes. El Esposo siempre ha estado preparado. La causa de la demora en el retorno de Cristo no es que él se haya retardado, sino que su “[esposa](#)” ha tardado en estar preparada. En ese sentido tiene la clave para el cumplimiento final de las maravillosas profecías del libro de Apocalipsis.

Apocalipsis 19:10: [Yo me postré a sus pies para adorarlo, pero él me dijo: “¡Mira, no lo hagas! Yo soy conservo tuyo y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús. ¡Adora a Dios!” El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.](#)

Aunque los ángeles son seres gloriosos no debemos adorarlos. Tampoco debemos adorar ni alabar a ningún ser humano. El ángel dijo de sí mismo que era un “[conservo](#)” nuestro, un “[cautivo](#)” también del amor de Cristo. El ángel se siente feliz por pertenecer al mismo grupo que Juan: el de los que “[tienen el testimonio de Jesús](#)”. Te sentirías bien si mantuvieras una relación de confianza con el primer ministro o presidente de tu país. Quienes tienen el “[testimonio de Jesús](#)” son aquellos que tienen con él una relación de confianza. Juan era profeta, como Isaías, Jeremías, Daniel y muchos otros. Todos los profetas tienen el testimonio de Jesús, ya que “[el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía](#)”.

Alguien puede preguntar: ‘¿Por qué no oigo a Dios hablándome? Cuando empleo el teléfono no sólo me oye el amigo con quien hablo, sino que también le oigo a él hablarme. ¿Por qué no puedo oír a Dios dando una respuesta hablada a mis oraciones?’

Hace muchos años, en el jardín del Edén, Adán y Eva hablaban con Dios cara a cara de la forma en que un niño escolarizado habla con su maestro. Pero cuando entró el pecado, nuestros primeros padres “se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto” (Génesis 3:8). Desde entonces no había forma en que Dios pudiera hablarles, excepto a través del ministerio especial de aquellos a quienes él llamara para ser sus profetas. “Jehová les dijo: Oíd ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros un profeta de Jehová, me apareceré a él en visión, en sueños le hablaré” (Números 12:5-6).

Cuando nos hemos de comunicar con alguien que desconoce nuestro idioma recurrimos a un traductor que permite la comunicación. El profeta es como el traductor que recibe el mensaje que Dios nos quiere comunicar y nos lo entrega a nosotros. La Biblia es el mensaje que Dios nos ha enviado por medio de profetas desde la antigüedad. “Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

¿Hubo profetas en el Nuevo Testamento, y los hay en nuestros días? Jesús prometió el don del Espíritu Santo a su iglesia también después que hubiera ascendido al cielo: “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres... Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:8-13).

Dios compara su iglesia con un cuerpo humano compuesto de diferentes miembros, cada uno de ellos con una función específica. El profeta constituye los “ojos” de la iglesia: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo y miembros cada uno en particular. Y a unos

puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas” (1 Corintios 12:27-28). Los ojos indican al cuerpo dónde se está dirigiendo. Así, la obra de un profeta, el “espíritu de profecía”, da luz a la iglesia para que comprenda el camino que debe seguir, guiándola por sendas seguras.

El don de profecía ha de permanecer en la iglesia hasta el momento en que Jesús regrese: “El testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado entre vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don mientras esperáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1:6-7). Por consiguiente, el espíritu de profecía es uno de los dones que distingue y señala a la verdadera iglesia de Cristo, llamada “el resto” —o remanente— en Apocalipsis 12:17. Quien cree y sigue ese “testimonio de Jesús” es honrado y reconocido por el cielo como uno de los consiervos de Juan y del ángel que le transmitió el mensaje de Dios.

Apocalipsis 19:11-16: Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco. El que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, en su cabeza tenía muchas diademas y tenía escrito un nombre que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre y su nombre es: La Palabra de Dios. Los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, lo seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro. Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores.

REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES

Estamos de nuevo ante la batalla de Armagedón. En Apocalipsis 16:12-16 vimos a los habitantes del mundo reuniéndose para luchar contra el Cordero. Ahora vemos las preparaciones que tienen lugar en el cielo: Cristo cabalgando sobre un “caballo blanco” en señal de victoria gloriosa. Sus ojos son como llama de fuego, dado que el suyo es un carácter de amor. El amor es el mayor poder del universo, pero su rechazo conlleva el más temible de los juicios. Su nombre, que sólo él mismo conoce, procede de la experiencia por la que pasó en la cruz. Es una experiencia que nadie —ni siquiera los ángeles del cielo— puede apreciar en su plenitud. Su “ropa teñida de sangre” es su manto de justicia, que fue sumergido en la sangre de su sacrificio en la cruz.

Ese gran ejército del cielo dobla en número al de los que cayeron con Lucifer. Su victoria está asegurada.

¿Deberíamos temer ser adoradores de Aquel que está por encima de todo poder terrenal? El que es Rey de reyes y Señor de señores es más que capaz de rescatar aun al más débil de sus seguidores. Pon en él tu confianza y no permitas que Satanás te aterrorice.

Hace años, en un país de África infestado de leones, los granjeros mantenían a sus ganados encerrados en corrales vallados con maderas a fin de protegerlos de los leones. La valla tenía la consistencia necesaria para que ningún león la pudiera derribar. No obstante, cuando la temible bestia rugía en la noche, se venía abajo la confianza del ganado en la protección de la valla. Aterrorizados, corrían en una estampida que derribaba su propia protección. Rugir es todo cuanto tenía que hacer el león.

Si ponemos en el Cordero nuestra confianza nos sabremos rodeados por su amor. No debemos permitir que el miedo nos lleve

a derribar esa valla de protección. El alcance de la victoria de Cristo no tiene parangón.

Apocalipsis 19:17-21: Vi un ángel que estaba de pie en el sol, y clamó a gran voz diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: “¡Venid y congregaos a la gran cena de Dios! Para que comáis carnes de reyes y capitanes y carnes de fuertes; carnes de caballos y de sus jinetes; carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes”. Vi a la bestia y a los reyes de la tierra y sus ejércitos reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. La bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.

El ángel que se describe como estando de pie en el sol ocupa el lugar más próximo a Cristo. Es algo parecido a un escudero. A todos esos “capitanes”, a esos “fuertes” y a todos, libres y esclavos, grandes y pequeños, se les ha extendido la invitación llena de gracia para que asistan como huéspedes honrados a la cena de bodas del Cordero. “Pero ellos, sin hacer caso, se fueron: uno a su labranza, otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos [que les habían transmitido la invitación], los golpearon y los mataron” (Mateo 22:5-6). Habiendo rehusado la invitación a la cena de bodas del Cordero, tienen que asistir ahora a otro evento muy distinto: la fiesta sangrienta en la que su propia carne va a ser la comida para “todas las aves que vuelan en medio del cielo”. Por supuesto, se trata de lenguaje simbólico. Expresa el juicio de destrucción

completa y final de todos quienes se han alistado con Satanás en su rebelión contra Dios.

Pero la “**bestia**”, los reyes de la tierra y sus ejércitos ignoran que al reunirse con el propósito de hacer guerra “**contra el que montaba el caballo**” —al que se llama “**el Verbo de Dios**”— se están aproximando a la carnicería más tremenda que este mundo ha presenciado y presenciará. Se reserva un castigo especial para la “**bestia**” y el “**falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y habían adorado su imagen**”.

Eso implica que los reyes de la tierra y sus ejércitos no son comparativamente menos culpables que aquellos dirigentes religiosos que los engañaron. El “**falso profeta**” es la bestia de dos cuernos identificada en Apocalipsis 13:11 y siguientes versículos: el protestantismo caído de Estados Unidos, que habla a modo de “**profeta**” o portavoz de la “**bestia**” y seduce “**a los habitantes de la tierra [a] que le hagan una imagen a la bestia**” (Apocalipsis 13:14). La bestia y el falso profeta son sorprendidos y apresados en el acto mismo de hacer guerra contra el Cordero. Han engañado al mundo en su pretensión de representar a Cristo.

¿Por qué muestran los habitantes del cielo ese fervor y devoción entusiasta hacia el Cordero? ¡Hay algo en su magnífico logro, que les produce una alegría sobrecogedora! ¿Por qué aquí, en esta tierra, somos tan indiferentes al respecto? La razón es que los habitantes del cielo ven algo que nosotros estamos aún pendientes de descubrir: “**la anchura, la longitud, la profundidad y la altura [del] amor de Cristo, que excede a todo conocimiento**” (Efesios 3:18-19).

A fin de participar de esa alegría inmensa del Cielo es imperativo comprender la idea que expone claramente el Nuevo Testamento sobre la justicia por la fe. Ciertamente podemos comenzar a participar ahora y aquí de esa tremenda alegría, ya que “**el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos**” (2 Corintios 5:14-15). Si creemos al evangelio ¡es imposible seguir viviendo vidas egoístas! El gran tema de Apocalipsis es la gloria de la cruz. Eso lo significaba todo para el apóstol Juan, ya que afirma: “**En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados**” (1 Juan 4:9-10).

Las escenas que presenta Apocalipsis 19 no tienen tanto el propósito de proporcionarnos una ordenación cronológica exacta de los acontecimientos, como el de mostrar su significado profundo. Cristo se hizo merecedor de su título de Conquistador Todopoderoso y Rey de reyes en virtud de su muerte en sacrificio voluntario. Finalmente, todo el mundo y el universo habrán de verlo en su verdadera luz, algunos para alegrarse eternamente en su gloria; otros que lo despreciaron para sufrir la vergüenza más penosa y descarnada que se pueda experimentar.

Juntamente con la “**gran multitud en el cielo**”, con “**los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes**” que se postraron en tierra, y con los ejércitos del cielo que siguen a Cristo en caballos blancos, cantamos en alabanza: “**¡Aleluya! Salvación, honra, gloria y poder son del Señor Dios nuestro**”.